

tantos odios y cuando empieza la extenuación, aparece el extranjero; todos se encorvan entonces bajo su vara; se los enjaula, y se consumen así en medio de placeres oscuros, con bajos vicios (1), doblando el espinazo. El despotismo, la inquisición, la ignorancia crasa y la picardía sin rebozo, los descaros y las donosuras de los arlequines y scapines, la miseria y los piojos: tal es el desenlace del renacimiento italiano. Como las civilizaciones antiguas de Grecia y de Roma (2), como las civilizaciones modernas de Provenza y de España, como todas las civilizaciones del Mediodía, lleva en sí un vicio irremediable, una mala y falsa concepción del hombre; los alemanes del siglo XVI, como los germanos del siglo IV, juzgaron acertadamente; con su sano sentido, con su profunda honradez, pusieron el dedo en la llaga secreta. No se funda una sociedad sobre el culto del placer y de la fuerza; no se funda más que sobre el respeto de la libertad y de la justicia. Para que la gran renovación humana que levanta en el siglo XVI á toda Europa, pudiese acabarse y durar, era preciso que, encontrando otra raza, desenvolvese otra cultura, y que de una concepción más sana de la vida hiciese surgir una forma mejor de civilización.

## I

Así nació la Reforma al lado del renacimiento. Efectivamente, ella es también un renacimiento, un rena-

(1) Véase en las *Memorias de Casanova* el cuadro de esa podredumbre. Véase las *Memorias* de Escipión Ricci sobre los conventos de Toscana á fines del siglo XVI.

(2) Desde Homero hasta Constantino la ciudad antigua es una asociación de hombres libres, que tiene por objeto la conquista y la explotación de otros hombres libres.

cimiento apropiado al genio de los pueblos germánicos. Lo que distingue á ese genio de los otros son sus preocupaciones morales. Con ser pueblos rudos, más dados á la glotonería y á la embriaguez (1), son al propio tiempo de conciencia más susceptible, más firmes guardadores de su fe, más dispuestos á la abnegación y al sacrificio. Así los ha hecho su clima, y así han sido desde Tácito hasta Lutero, desde Knox hasta Gustavo Adolfo y Kant. A la larga, y bajo la influencia incesante de los siglos, el cuerpo flemático, atiborrado de alimentos y de bebidas fuertes, se ha embotado; los nervios se han vuelto menos excitables, los músculos menos vivos, los deseos menos próximos á la acción, la vida más deslavazada y más lenta, el alma más endurecida y más indiferente á los choques corporales; el fango, la lluvia, la nieve, la sobra de espectáculos desagradables y severos y la falta de vivos y delicados estímulos sensibles mantienen al hombre *en una actitud militante*. Héroe en los tiempos bárbaros, trabajadores hoy, soportan el tedio como provocaban las heridas; ahora, como antes, lo que á ellos les llama es la nobleza interior. Refugiados en los goces íntimos, encuentran aquí un mundo: el de la belleza moral. El modelo ideal ha cambiado de asiento á sus ojos: no está ya situado entre las formas, sino que se ha trasladado á los sentimientos; no se compone de fuerza y de alegría, sino de veracidad, de rectitud, de adhesión al deber, de fidelidad á la regla. Que nieve y ventisquee, que se desencadene el huracán en los sombríos bosques de abetos ó sobre el pálido oleaje entre los gritos de las gaviotas, que el hombre arrecido y amoratado

(1) *Viaje de Minsson*, 1700. *Memorias de la margravina de Baireuth*. Véase hoy mismo las costumbres de los estudiantes.

\* Ver la etimología de la palabra "militante" en el *Reportage* de Fournier 12 pag 19 la palabra

de frío halle por todo regalo, al emparedarse en su choza, un plato de berza agria ó un trozón de cecina, comido al resplandor de una luz fumosa y al amor de un fuego de turba, importa poco; otro reino se abre ante él para indemnizarle: el del contentamiento íntimo; su mujer es fiel y le ama, sus hijos deletrean la antigua Biblia de familia en torno del hogar; es señor de su casa, protector, bienhechor, honrado por los demás y por sí mismo; y, si por acaso necesita de ayuda, sabe que á la primera palabra tendrá á su lado fiel y generosamente á sus vecinos.\*

El lector no tiene más que cotejar los retratos del tiempo, los de Italia y los de Alemania; abarcará de una ojeada las dos razas y las dos civilizaciones, el renacimiento y la Reforma: allí, algún *condottiere* medio desnudo en traje romano, algún cardenal, con su *zimarra*, en un rico sillón esculpido y adornado de cabezas de leones, de follajes y de faunos, con semblante irónico y voluptuoso, con la fina y peligrosa mirada del político y del hombre de mundo, cautelosamente encorvado y en acecho; aquí, algún buen doctor, un teólogo, hombre sencillo, mal peinado, tieso como una estaca dentro de su ropaje liso y negro de paño burdo, con libretos doctrinales de sólidos broches, trabajador de fe, padre de familia ejemplar. Mirad ahora el gran artista del siglo, un obrero laborioso y concienzudo, un partidario de Lutero (1), un verdadero hombre del Norte, Alberto Durero. El también, como Rafael y Ticiano, tiene su idea del hombre, idea inagotable de que salen á cientos las figuras vivas y las escenas de costumbres, pero ¡cuán nacionales y originales! Ni la

(1) Véase sus cartas y las simpatías que atestigua en ellas por Lutero.

*Se ven en sus cartas y simpatías que atestigua en ellas por Lutero. Se ven en sus cartas y simpatías que atestigua en ellas por Lutero. Se ven en sus cartas y simpatías que atestigua en ellas por Lutero. Se ven en sus cartas y simpatías que atestigua en ellas por Lutero. Se ven en sus cartas y simpatías que atestigua en ellas por Lutero.*

menor preocupación de la belleza floreciente y feliz: hombros estrechos, vientres abultados, piernas delgadas, pies apelmazados por el calzado—los de su vecino el carpintero ó los de su comadre la salchichera;—las cabezas se destacan del cobre infatigablemente burilado, cabezas cerriles ó vulgares, arrugadas á menudo por las fatigas del oficio, ordinariamente tristes, angustiosas y doloridas, ruda y miserablemente deformadas por las necesidades de la vida real. En medio de esa copia minuciosa de la verdad fea, ¿á dónde volver los ojos? ¿Cuál es la comarca en que va á refugiarse la gran imaginación melancólica? Es el ensueño, el ensueño extraño, poblado de pensamientos profundos, la contemplación dolorosa del humano destino, la idea vaga del gran enigma, la reflexión escrutadora que, en la lobreguez de los bosques, al través de los emblemas oscuros y de las figuras fantásticas, anda á tientas en busca de la verdad y la justicia. No necesita él buscarlas tan lejos; de primera intención las ha encontrado. Si hay honradez en alguna parte del mundo, es en las madonas que incesantemente reproduce su buril. No sería él, no, quien empezara por hacerlas desnudas, á semejanza de Rafael; la mano más licenciosa no se atrevería á tocar á uno de los pliegues de su ropaje; con su hijo en brazos, no piensan ni pensarán nunca más que en él; no sólo son inocentes, sino además virtuosas; la juiciosa madre de familia alemana, encerrada para siempre por su voluntad y por su naturaleza en los deberes y los goces domésticos, respira plenamente en la sinceridad profunda, en la seriedad, en la lealtad inexpugnable de sus actitudes y de sus miradas. El artista ha hecho más: al lado de la virtud tranquila ha figurado la virtud militante.

He ahí, en fin, el verdadero Cristo, extenuado y

descarnado por la agonía, el pálido crucificado, cuyas gotas de sangre van siendo más raras á cada minuto, á medida que la debilidad creciente de las palpitations anuncia el desgarramiento supremo de una vida que se extingue. No hay aquí, como en los maestros italianos, un espectáculo para recrear simplemente los ojos. El corazón, lo más profundo del corazón se siente herido por ese espectáculo; es el justo oprimido que muere, porque el mundo odia la justicia; allí están irónicos, indiferentes, los poderosos, los hombres del siglo; un burgomaestre panzudo que mira con las manos cruzadas atrás, ocupa una hora; pero todo el resto está llorando; por encima de las mujeres desmayadas, los ángeles llenos de angustia van á recoger en copas la sagrada sangre, y los astros del cielo se velan la faz por no ver tan gran atentado. Habrá otros, habrá suplicios sobre suplicios, y al lado del Cristo verdadero contemplaremos los verdaderos mártires, mártires resignados, silenciosos, con la dulce mirada de los primeros fieles. Están atados á un árbol añoso, y el verdugo los desgarrá con un azote armado de pinchos. Un obispo tendido reza juntando las manos, mientras le taladran un ojo. Allá, entre los árboles enmarañados y las raíces retorcidas, un grupo de hombres y de mujeres sube á zurriagazos la escarpadura de un cerro, y desde la cumbre los hacen saltar al precipicio con las puntas de las lanzas; acá y allá ruedan cabezas y troncos inertes, y junto á los que se decapita hay cuerpos empalados esperando á los cuervos que graznan. Todos esos males hay que sufrirlos para dar testimonio de la propia fe. Pero arriba hay un guardián, un vengador, un juez omnipotente que tendrá su día. Ese día va á lucir, y los rayos penetrantes del último sol brotan ya como

un manojo de dardos al través de las tinieblas del siglo. En lo más alto del cielo ha aparecido el ángel con su vestidura deslumbradora, guiando las cabalgatas desenfundadas, las espadas serpentinas, las flechas inevitables de los vengadores que vienen á pisotear y castigar á la tierra; los hombres caen arrollados por ese galope, y ya la boca del monstruo infernal maseca la cabeza de los prelados inicuos. Es el poema popular en la conciencia, y desde los días de los Apóstoles no le han concebido los humanos más sublime y completo (1).

Porque la conciencia, como todo, tiene su poema; por una invasión natural la idea omnipotente de la justicia se desborda del alma, cubre el cielo y entroniza en él un nuevo Dios. Dios temible, nada parecido á la serena inteligencia que sirve á los filósofos para explicar el orden de las cosas, ni á ese Dios tolerante, especie de rey constitucional, que encuentra Voltaire á favor del razonamiento, y á quien canta y saluda Béranger como á un amigote «sin pedirle nada». Es el juez impecable y rígido, que exige al hombre cuenta exacta de su conducta visible y de todos sus sentimientos invisibles, que no tolera un olvido, un abandono, un desfallecimiento, y á cuyos ojos todo principio de flaqueza ó de falta es un atentado y una traición. ¿Qué es nuestra justicia ante esa justicia estricta? La gente vivía tranquila en los tiempos de ignorancia; á lo sumo, cuando alguien se reconocía culpable, iba á pedir la absolución á un sacerdote; para acabar, compraba una buena indulgencia; había su tarifa, y la hay aún; el dominico Tetzel afirma que todos los pecados se lavan «en cuan-

(1) Colección de los grabados en madera de Alberto Dürero. Nótese la concordancia de su *Apocalipsis* y de las conversaciones familiares de Lutero.

to suena el dinero en la caja». Cualquiera que sea el crimen, se borra; así, «un hombre hubiese violado á la madre de Dios, volvería á su casa limpio y seguro de entrar en el paraíso». Desgraciadamente, los mercaderes de indulgencias no saben que todo ha cambiado y que el espíritu se ha hecho adulto: no recita ya las palabras maquinalmente como un catecismo; las sondea ansiosamente como una verdad. En medio del universal reconocimiento y de la pujante floración de todas las ideas humanas, la idea germánica del deber vegeta como las otras. Al presente, cuando se habla de justicia, no se recita ya una letra muerta, sino que se expresa un concepto vivo; el hombre percibe el objeto que representa esa concepción, y siente el impulso que la promueve; no la recibe ya, la hace; es obra y dueña suya; la crea y la sufre. «Estas palabras *justu* y *justitia Dei* (dice Lutero, eran un trueno en mi conciencia). Me estremecía al oirlas; me decía á mí mismo: Si Dios es justo, me castigará (1).

Porque, desde el instante en que la conciencia ha encontrado el ideal del modelo perfecto, las menores faltas le parecen crímenes, y el hombre, condenado por sus propios escrúpulos, cae consternado de horror «y como sepultado (2)». «Yo, que llevaba la vida de un

(1) Calvino, el lógico de la Reforma, explica muy bien la filiación de todas las ideas protestantes (*Institución cristiana*, libro I).—1. La idea del Dios perfecto, juez rígido.—2. La alarma de la conciencia.—3. La impotencia y la corrupción de la naturaleza.—4. El advenimiento de la gracia gratuita.—5. La exclusión de las prácticas y ceremonias.

(2) «Según está arraigado el orgullo en nosotros, siempre nos parece ser justos é íntegros, sabios y santos, á menos que argumentos manifiestos nos convencan de nuestra injusticia, de nuestra mancha, locura é impureza. Y no nos convencemos de tal cosa, si dirigimos los ojos á nuestras personas solamen-

religioso intachable (añade Lutero), sentía en mí, sin embargo, la conciencia intranquila del pecador... Entonces me decía: ¿Pero es que soy yo el único que debe estar triste en espíritu?... ¡Oh! ¡cuántos espectros y cuántas figuras horribles veía! Así alarmada, la conciencia cree que el día terrible va á venir. «Se acerca el fin del mundo... Nuestros hijos le verán; acaso nosotros mismos.» Durante seis meses tiene sueños espantosos. Como los cristianos del Apocalipsis, fija el momento: será por Pascuas ó por la fiesta de la conversión de San Pablo. Tal teólogo, amigo suyo, piensa en dar todos sus bienes á los pobres; «¿pero los tomarían? (preguntaba). Mañana á la noche estaremos sentados en el cielo.» Con tales angustias el cuerpo desfallece. Durante catorce días Lutero se halló en tal estado que no podía comer, beber, ni dormir. «Día y noche», con los ojos fijos en el texto de San Pablo, veía el juez y su mano inevitable. He ahí la tragedia que se ha agitado en todas las almas protestantes; es la tragedia eterna de la conciencia, y el desenlace es una nueva religión, *muy acomodaticia*

En efecto: no es la naturaleza sola, y sin ayuda, la que podrá salir de ese abismo. De suyo «es tan corrompida que no experimenta el deseo de las cosas ce-

te, y no pensamos también en Dios, que es la única regla á que tenemos que ajustar este juicio... Entonces se descubre que lo que tenía bella apariencia de virtud no era más que fragilidad.

»He ahí de dónde procede el horror que nos dice la Escritura que afligía y abatía á los santos siempre que sentían la presencia de Dios. Porque á los que estaban alejados de Dios, y vivían tranquilos, é iban con la cabeza alta, en cuanto él les manifiesta su gloria, los vemos alterarse y espantarse, hasta el punto de sentirse oprimidos, y aun de verse sepultados en el horror y desvanecerse.» (Calvino, *Institución cristiana*, lib. I, pág. 2.)

Solo se puede tener un tipo de hombre que sea  
 muy bueno y muy malo. El hombre malo es el  
 malo; el bueno es el bueno. La primera ley de la

Sin lugar  
 a obra, etc.  
 es muy  
 modo

1918 que lo diga Bilgus...  
 tiempo, objeto de la vida de los hombres...  
 cosas...

lestes... No hay en ella ante Dios nada más que concupiscencia...» La buena intención no puede venir de su seno. «Porque el hombre, espantado por su pecado, no podría proponerse obrar bien, inquieto y angustiado como está; á la inversa, abatido por la fuerza de su pecado, cae en la desesperación y en el odio de Dios, como sucedió á Caín, á Saúl, á Judas»; de suerte que, abandonado á sí mismo, no puede encontrar en sí mismo más que la rabia y el anonadamiento de un desesperado ó de un demonio. En vano trataría de redimirse por buenas obras; nuestras buenas acciones no son puras; aun siendo puras, no borran la mancha de los pecados anteriores, y no quitan, por otra parte, la corrupción original del corazón; ellas no son más que ramas y flores, y el veneno hereditario yace en la savia. Es menester que el hombre descienda á su corazón desde la obediencia literal y la regularidad jurídica; que desde el reino de la ley penetre en el de la gracia; que de la rectitud impuesta pase á la generosidad espontánea; que, por debajo de su primera naturaleza que le llevaba hacia el egoísmo y las cosas de la tierra, se desarrolle una segunda naturaleza que le lleve hacia el sacrificio y las cosas del cielo. Ni mis obras, ni mi justicia, ni las obras ni la justicia de ninguna criatura ni de todas las criaturas pueden operar en mí este cambio extraordinario. Sólo uno lo puede: el Dios puro, el Justo inmolado, el Salvador, el Reparador, Jesús, mi Cristo, imputándome su justicia, derramando en mí sus méritos, ahogando mi pecado en su sacrificio. El mundo es «una masa de perdición (1)», predestinada al infierno. Señor Jesús, sácame de esa masa, escógeme. No tengo ningún derecho á tanto, no hay en mí nada

(1) Expresión de San Agustín.

que no sea abominable; esta misma plegaria me la inspiráis y la hacéis vos en mí. Pero yo lloro, y mi pecho se hinche, y mi corazón se desgarrá. ¡Señor, que yo me sienta redimido y perdonado, que yo sea vuestro elegido, vuestro fiel servidor! ¡Dadme la gracia y dadme la fe!»—«Entonces (dice Lutero) me sentí como *renacido*, y pareció que se me abrían de par en par las puertas del paraíso.»

¿Qué falta hacer después de esta renovación del corazón? Nada: toda la religión está ahí; hay que reducir ó suprimir lo restante; la religión es una cosa personal, un diálogo íntimo entre el hombre y Dios, donde no hay más que dos elementos eficaces: la propia palabra de Dios, tal y como es transmitida por la Escritura, y las emociones del corazón del hombre, tales como las excita y alimenta la palabra de Dios (1). Desechemos las prácticas sensibles con que se ha querido reemplazar ese coloquio del alma invisible y del juez invisible; quiero decir: las mortificaciones, los ayunos, las penitencias corporales, las cuaresmas, los votos de castidad y de pobreza, los rosarios, las indulgencias; los ritos no sirven más que para ahogar bajo sus obras maquinales la piedad viva. Desechemos los intermediarios con que se ha querido impedir el comercio directo entre Dios y el hombre; quiero decir: los santos, la Virgen, el Papa, el sacerdote; todo el que los adora ú obedece es un idólatra. Ni los santos ni la Virgen pueden convertirnos y salvarnos; sólo Dios por su Cristo nos convierte y nos salva. Ni el Papa ni el sacerdote pueden fijar nuestra creencia ni remitirnos nuestros pecados; sólo Dios nos instruye por su Escritura,

(1) Melanchthon, prefacio de las *Obras de Lutero*. Véase también Fox, *Acts and monuments*, t. II, p. 42.

y nos absuelve por su gracia. No más peregrinaciones ni reliquias, no más tradiciones ni confesiones auriculares. Aparece una nueva Iglesia, y con ella un nuevo culto; los ministros de la religión cambian de papel, y la adoración de Dios cambia de forma, se atenúa la autoridad del clero, y se reduce la pompa de los oficios; se reducen y se atenúan tanto más cuanto más absorbente es la idea primitiva de la teología nueva; sectas hay en que desaparecen por completo. El sacerdote baja de las alturas á que le había elevado el derecho de perdonar los pecados y de regular la fe: entra en la sociedad civil, se casa como los seglares, tiende á hacerse su igual, no es sino un hombre más sabio y más piadoso que los otros, su elegido y su consejero. Su iglesia se trueca en un templo, vacía de imágenes, de ornamentos y de ceremonias, á veces completamente desnudo, simple lugar de reunión, donde entre paredes blancas, y desde un púlpito liso, un hombre vestido de negro habla sin accionar, lee un pasaje de la Biblia y entona un himno que continúa la congregación. Hay otro lugar de oración, tan poco decorado como ese y no menos venerado: el hogar doméstico, donde el padre de familia, ante sus servidores y sus hijos, recita la oración y lee la Escritura todas las noches. Religión austera y libre, purgada de sensualismo y de obediencia, enteramente interior y personal, que, instituida por el despertar de la conciencia, no podría establecerse más que en razas donde cada cual encuentra naturalmente en sí mismo el convencimiento de que él es el único responsable de sus obras y de que siempre está sujeto á sus deberes.

*Viva la libertad!*

*X con conciencia de un orgullo ancha*

## III

Cierto que la Reforma entra en Inglaterra por una puerta falsa; pero basta que se abra una puerta, sea como quiera: porque no son los manejos de la corte y las habilidades oficiales los que traen las revoluciones profundas; son las situaciones sociales y los instintos populares. Cuando se convierten cinco millones de hombres, es porque cinco millones de hombres desean convertirse. Dejemos, pues, á un lado los alardes y las intrigas de arriba, los escrúpulos y las pasiones de Enrique VIII (1), las complacencias y los artificios de Cranmer, las variaciones y las bajezas del Parlamento, las oscilaciones y las lentitudes de la Reforma, tan pronto iniciada como detenida, ora impulsada, ora rechazada violentamente, extendida al fin por toda la nación, y consolidada en una institución legal: extraño edificio, hecho de elementos heterogéneos, pero sólido y que ha durado. Todo gran cambio tiene su raíz en el alma, y no hay más que mirar de cerca á esa región profunda para descubrir las inclinaciones nacionales y las irritaciones seculares de que salió el protestantismo.\*

Ciento cincuenta años antes estuvo á punto de surgir: había aparecido Wicleff, se habían levantado los Lolardos, se había traducido la Biblia; la Cámara de los Comunes había propuesto la confiscación de todos los bienes eclesiásticos; luego, bajo el peso de la Igle-

*para robar como en la Biblia*

(1) Véase Froude, *History of England*. La conducta de Enrique VIII se presenta allí bajo un nuevo aspecto.

*Para concluir hoy en el siglo XX en la mas deplorabile incredulidad -*